

ordinario nacen de tu soberbia. Una cosa que no te sucede á gusto; un desprecio ligero que se hace de ti; el descubrirse alguna falta que tú



JULIO

(Flor: *Rosa reina encendida.*)

Nuestras aficiones y aversiones.

§ I

Nuestras aficiones.

LA gran rueda de nuestras pasiones, y ordinariamente también de nuestras acciones, es la inclinación. Ella nos hace suaves las cosas más dificultosas, y hace que nos parezcan nada los impedimentos mayores. Entra dentro de ti, y considera atentamente adónde tus inclinaciones te llevan, que por ellas harás juicio del estado en que está tu alma. ¿ Amas, por desgracia, alguna

6

propio es el veneno que corrompe la mayor parte de tus acciones, haciendo que las ejecutes, no por complacer á Dios, como debieras, sino

cosa perniciosa á tu salvación? Ese será un amor fatal y odio verdadero de ti misma, pues por él querrás y procurarás el mayor mal que puede sucederte. Arranca y aparta de ti esa pasión, acordándote de aquella sentencia del Salvador: «Córtate la mano, córtate el pie, sácate el ojo y aparta cualquiera de estos miembros de ti si te escandalizan, porque mejor es entrar en el Cielo con una mano, ó con un pie ó un solo ojo, que entrar en el Infierno con dos.» Amar á una criatura y ser aborrecido de Dios; trocar la esperanza del Cielo con el peligro del Infierno, es manifiesta locura.—Pasa adelante, y examina tus amores ó aficiones más inculpables, y mira si hay en ellas algún exceso; mira si le quitas algo á Dios para darlo á la criatura. Debemos todos amar á Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. ¿Será, pues, bien que criatura

alguna tenga parte en nuestro corazón con Dios? Será bien dejar de amar enteramente á Dios por complacer á una criatura ó satisfacer una pasión? Digamos, pues, con San Miguel: «¿Quién como Dios? ¿Quién puede igualarse con Él, ó en el Cielo, ó en mi corazón?» — Examina también y escudriña tu corazón por todas partes, y mira si hay en él la raíz de alguna afición ó inclinación fuerte y violenta que te hace caer en faltas contra tu estado ó contra tus obligaciones; y si la hallas, arráncala totalmente aunque te parezca que está muerta, porque volverá á brotar y producirá frutos peligrosos. Finalmente, cualquier otra atadura que encuentres, aunque parezca débil, córtala para que quedes libre, y dentro de tu corazón no quede otra cosa sino Dios, y lo perteneciente á su servicio y á tu salvación. Es verdad que Dios no prohíbe las aficiones razonables que,

propio es el veneno que corrompe la mayor parte de tus acciones, haciendo que las ejecutes, no por complacer á Dios, como debieras, sino

fundándose en la naturaleza, se conforman con la gracia y ayudan á las cosas del espíritu. Pero es necesario que examines tu corazón con frecuencia, y si hallas que la naturaleza sobresale, reprimas sus movimientos usando de sus afectos naturales con dependencia de la voluntad de Dios, y solamente en cuanto conducen á su servicio. Dios es muy celoso de las cosas de nuestro corazón, y no puede sufrir en él cosa que le compita, estimando en tanto nuestro amor que Él sólo quiere ser dueño y distribuidor suyo.

Mira también si tus aficiones para con otras personas son de tal manera particulares que sean de escándalo á la familia en que vives, ó de perjuicio al amor común que debes tener á todos tus prójimos, ó si ocupan tu corazón con muchas impresiones inútiles.

Sobre todo considera bien si por el amor á una persona haces agra-

los concede como un alivio honesto de las miserias de esta vida. Pero es necesario que los tomemos como dádiva de Dios, refrenando los sentimientos de la naturaleza.

vio á otras y la caridad es vulnerada.

¿Por qué quieres dar á uno solo lo que debes á todos? Arregla la inclinación con la razón, y para fundar una verdadera amistad sigue los impulsos de la gracia.

¿Tienes inclinación á las criaturas irracionales ó insensibles? ¿Cómo un corazón criado sólo para Dios, y á quien nada fuera de Dios pueda llenar, se deja ocupar con la afición de un animal ó de una alhaja, ó con cualquier otra cosa, porque le agrada? Esto es dar entrada en sí á un ídolo que le robe el amor que le debe á Dios y al prójimo.

¿Tienes exceso en el amor de ti misma, el cual no es menos, sino mucho más peligroso que los demás amores? Pues advierte que tu amor propio es el veneno que corrompe la mayor parte de tus acciones, haciendo que las ejecutes, no por complacer á Dios, como debieras, sino

fundándose en la naturaleza, se conforman con la gracia y ayudan á las cosas del espíritu. Pero es necesario que examines tu corazón con frecuencia, y si hallas que la natu-

por complacer á ti misma. ¡Oh, qué gran mal! Amarse á sí sobre todas las cosas, buscarse á sí en todas las cosas, y hacer de sí como el fin último de todas sus acciones!

¡Jesús, Salvador mío!, que descendisteis á la tierra y os vestisteis de nuestra naturaleza, y, no obstante nuestros pecados, habitáis siempre con nosotros en el Santísimo Sacramento, porque os amemos: encendedme en ese fuego y haced que yo os ame sobre todas las cosas como al verdadero esposo de mi alma, y que, si he de amar alguna otra cosa, sea para mejor y más fácilmente llegar á Vos.

§ II

Nuestras aversiones.

No sólo podemos desagradar á Dios y perder la perfección ó impedirle por nuestras aficiones, sino

los concede como un alivio honesto de las miserias de esta vida. Pero es necesario que los tomemos como dádiva de Dios, refrenando los sentimientos de nuestra naturaleza

también por nuestras aversiones. Está nuestra naturaleza tan depravada, que nos hace guerra por dos partes opuestas, acometiéndonos con el odio cuando no puede vernos con el amor, persiguiéndonos con la aversión cuando le falta la afición. Pero la caridad cristiana está en medio para librarnos de estos peligrosos extremos.—Mira bien si en tu corazón hay algo de rencor ó de odio; si conservas con amargura la memoria de la injuria que se te hizo; si alimentas algún deseo secreto de venganza, y si tu lengua algunas veces descubre tu pasión. Si estos males hallas en ti, apártalos y no quieras tener otros enemigos que al pecado y al demonio. El odio al prójimo no es compatible con una alma que quiere salvarse.

La aversión es más ordinaria, y sin desear mal al prójimo, ella á sí misma se encubre con pretexto de caridad y celo, dando á entender en

fundándose en la naturaleza, se conforman con la gracia y ayudan á las cosas del espíritu. Pero es necesario que examines tu corazón con frecuencia, y si hallas que la natu-

la apariencia que la indignación no es tanto contra la persona cuanto contra sus defectos. La condición de tu prójimo te desagrade aun sin ser contraria á la virtud. Su simplicidad, su rudeza, su humor poco civil, tosco é inculto, se opone al tuyo; ¿y por eso, tú, en toda ocasión, has de mostrar que tal persona te desagrade? Dios le ha dado esa naturaleza; ¿por ventura te toca á ti el mudarla? ¿Adónde está tu mortificación si no puedes sufrir por algún poco de tiempo á un genio de alguna manera contrario al tuyo?

Si tú debes amar á tus enemigos, ¿cómo te será permitido que no ames á aquellos que no te hacen mal alguno? Los defectos naturales no impiden la gracia de Dios ni su amor; ¿y tú no los podrás sufrir, como si fueses más que Dios? Pero dirás: «Estas personas cometen tales yerros que inquietan la familia, desazonan las conversaciones y

los concede como un alivio honesto de las miserias de esta vida. Pero es necesario que los tomemos como dádiva de Dios, refrenando los sentimientos de nuestra naturaleza

hasta llegan á ocasionar ofensas á Dios. Si á ti te toca, por razón de tu oficio, corregir tales yerros, hazlo con prudencia y caridad. Pero si no te toca, excúsalos con la caridad debida, y ten compasión de la persona que los comete. Considera que tú no ves sus virtudes internas, y que por ventura la tal persona, con todos sus defectos visibles, de los cuales Dios se sirve para humillarla, le es más grata que tú sobre la tierra y será por Él más levantada que tú en el Cielo.

Advierte bien si este tu celo es falso y una máscara con que se encubre tu soberbia. Porque cada cual tira á usurparse un dominio sobre los otros, y gusta de parecer superior á ellos. Y esto es lo que de ordinario hacemos cuando reprendemos en los otros aquellos defectos de los cuales nos tenemos por libres. Reina en nosotros mucho nuestro amor propio, el cual, adu-

fundándose en la naturaleza, se conforman con la gracia y ayudan á las cosas del espíritu. Pero es necesario que examines tu corazón con frecuencia, y si hallas que la natu-

lándonos como á inocentes, alimenta contra otros nuestra aversión y hace guerra á la caridad, haciéndonos despreciar al prójimo, de cuyas faltas murmuramos.

¡Jesús, Dios de amor y de caridad!, que á todos recibís y á ninguno tenéis aversión, que disteis vuestro rostro al traidor Judas cuando por medio de la señal de aquel ósculo tan cruel os entregó: os ruego por las entrañas de vuestra misericordia que extingáis mis aversiones y hacer que yo me acomode bien con las condiciones de todas, aun las más fastidiosas, y que, teniendo puestos los ojos en mis faltas, no acuse ni condene las faltas ajenas.

§ III

Alegrías y placeres.

Dios no nos prohíbe las alegrías y placeres razonables que son conformes á nuestro estado; antes nos

los concede como un alivio honesto de las miserias de esta vida. Pero es necesario que los tomemos como dádiva de Dios, refrenando los sentimientos de nuestra naturaleza cuando quieran excederse; estamos dispuestos á perderlos si Dios así lo dispusiese, y no tomándolos como cosa que nos es debida, sino como una gracia trascendente de la gracia de Dios. No te des tanto á la alegría que te olvides de la condición de esta vida, en la cual nuestras alegrías, si no son falsas, son transitorias, y á la prudencia toca el reconocerlas por tales para no pegar á ellas el corazón, considerando que pasarán presto, dando lugar á los objetos de disgusto. Dile á tu Dios: «¡Señor mío! Vos me dais la alegría: yo la resigno en vuestras manos.»—No te espantes si en esta vida lo pasas con poca alegría, y mucho menos por eso te lamentes de Dios y acuses su provi-

ladas por aquéllos, y, como dice el Salvador: «La boca habla de la abundancia del corazón.» El peligro de tener malos pensamientos y de

dencia, porque los pecadores como tú no están sobre la tierra para gozar de sus placeres, y es señal de tu predestinación si Dios te ejercita con desabrimientos y tristezas. Fuera de que son tan pocas las ocasiones que hay de verdadera alegría, que no nos debemos admirar de que la tengamos raras veces. El alma que busca de veras á Dios, ¿cómo puede tener grande alegría de verse elevada con las prosperidades de esta vida, de verse estimada, alabada y amada de todo el mundo? Conoce esta alma que todas estas cosas tanto le pueden ayudar á que se pierda cuanto á que se salve, y así solamente quiere de ellas lo que Dios quiere darle, sin mirar en ellas otra cosa que el beneplácito de Dios, y tan contenta está con ellas como sin ellas.—Vinieron á Cristo los Apóstoles de su misión con grande alegría por haber arrojado á los demonios de los

Alegrías y placeres.

Dios no nos prohíbe las alegrías y placeres razonables que son conformes á nuestro estado; antes nos

poseos. Pero el Salvador les reprobó esta alegría por lo que en ella halló de amor propio, y lestrucó la materia de ella diciéndoles que se alegrasen, no porque habían arrojado á los demonios, sino porque sus nombres estaban escritos en el Cielo, adonde habían de ser recibidos entre los ángeles.— Busca también esta materia de alegría procurando con tus buenas obras, mediante la gracia divina, que se halle también tu nombre escrito en el libro de la vida. Cuando los placeres te vienen sin pretenderlos, como el gusto que recibes de los manjares ó de la conversación con una persona amada santamente, ó el que te da Dios en la oración y comunión, recíbelos con humildad y reconocimiento para con Dios, que quiere por medio de estos dones ganar tu alma, y pídele que no te permita jamás usar mal de ellos para ofenderle.

ladas por aquéllos, y, como dice el Salvador: «La boca habla de la abundancia del corazón.» El peligro de tener malos pensamientos y de

¡Oh, Dios infinitamente misericordioso!, que habéis querido darnos para nuestro consuelo, entre tantas miserias, el alivio de algún gusto, contento y alegría: concedednos que todos nuestros contentos y gozos en esta vida siempre se dirijan á Vos, para que por éstos, pequeños y breves, pasemos á los eternos de vuestra gloria, donde ningún temor ni disgusto perturbará nuestra alegría.



Alegrías y placeres.

Dios no nos prohíbe las alegrías y placeres razonables que son conformes á nuestro estado; antes nos

llevan consigo algún pecado mortal ó venial? Mira, pues, tú cuantas palabras has dicho de murmuración, de injuria, de impaciencia, de mal-



AGOSTO

(Flor: *Azahar.*)

Pensamientos y palabras.

§ I

Nuestros pensamientos.

SON las palabras interiores de nuestra alma, la lengua nada externa que el entendimiento no haya concebido. Por tanto, conviene poner tanta atención sobre nuestros pensamientos como sobre nuestras palabras, porque éstas son reguladas por aquéllos, y, como dice el Salvador: «La boca habla de la abundancia del corazón.» El peligro de tener malos pensamientos y de